Globethics Repository



¿Es posible desactivar la bomba de la deuda? [Is it possible to clear the debt bomb?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Gunder Frank, André
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-06 03:33:49
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221412

Nueva Sociedad Nro. 79 Septiembre-Octubre 1985, pp. 34-47

¿Es posible desactivar la bomba de la deuda?

André Gunder Frank

André Gunder Frank: Economista y sociólogo alemán-norteamericano. Profesor en la Universidad East Anglia en Norwich-Inglaterra. Publicaciones, entre otras: "Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina", "La Acumulación Mundial".

Lo peor de la crisis económica mundial que empezó a mediados de la década del 60, podría estar por venir. Un análisis realista de la actual crisis sugiere que estaríamos en un período de transición análogo al período de 1920-1930 de la última gran crisis, ya que en el horizonte se alza la posibilidad de un colapso económico de gran envergadura, como las quiebras de 1928 y 1931, lo cual podría agravar, si no iniciar, una drástica depresión mundial*[*]*.

Las condiciones que podrían producir un quiebre financiero durante la década del 80 fueron creadas por las aparentes soluciones a la creciente crisis económica que se tomaron durante los años 70. Con el propósito de mantener a flote el barco de la economía mundial, se concedió un constante flujo de créditos hacia los consumidores, las corporaciones y gobiernos, como también a los países socialistas y del Tercer Mundo. Este aparentemente interminable flujo de créditos, con justeza denominado por la revista Business Week como la "Economía Deudora" en 1974 y "Nueva Economía Deudora" en 1978[1] , ha contribuido a sostener la economía mundial. Pero, así mismo, ha creado un verdadero problema: **ha producido la bomba de la deuda, cuya mecha se hace cada vez más corta. Hoy día, los 800 mil millones de dólares de la deuda del Tercer Mundo exceden el sistema financiero internacional y amenazan con causar el colapso de una cantidad aún mayor de la deuda de los consumidores, corporaciones y gobiernos** . Si esta bomba explota, podría no sólo dañar gravemente el sistema bancario que contribuyó a crearla, sino también al sistema mundial de producción y comercio que se pretendía sostener. De este modo, la aparente solución financiera de la crisis se ha convertido en parte

* Una versión más amplia de este trabajo fue publicada en el World Policy Journal , Vol. I, No. 4 Nueva York.

1 Business Week , 12 de octubre de 1974 y 16 de octubre de 1978, respectivamente.

de la crisis misma.

LAS RAICES ECONOMICAS DEL SISTEMA FINANCIERO

La enorme acumulación de la deuda que hoy en día excede al sistema financiero tuvo su origen durante la crisis económica mundial que comenzó a mediados de la década del 60[2] . Esta crisis se ha caracterizado por una baja de las ganancias, caída de las tasas de inversión y productividad, lento crecimiento y por una declinación del poder económico norteamericano en relación al de Japón, Europa y los países de industrialización reciente.

Otro factor crítico fue la baja de la tasa de ganancias, inversiones y crecimiento del mundo industrializado. En la medida que la crisis se desarrollaba, se hizo necesario para los Estados Unidos y otros países industrializados reducir sus costos de producción. Una manera de hacerlo fue rebajando los salarios y el gasto de bienestar social, cosa que hizo el Occidente. Otra, fue la reubicación de industrias para rebajar los costos de producción, tal cosa se hizo trasladando producción industrial desde el Occidente industrial al Oriente socialista y el Sur del Tercer Mundo, donde los salarios son más bajos.

De 1970 a 1980, la participación del Tercer Mundo en las exportaciones subió del 18 al 28 por ciento y, lo que es más importante, su participación en la exportación de productos manufacturados subió del 11 al 16 por ciento. No sólo la producción de varias industrias livianas que ocupan mucha mano de obra fue trasladada al Tercer Mundo, sino también aquella que produce automóviles, acero, barcos y otras de bienes de capital más intensivo.

Visto desde el punto de vista de la oferta, estos productos podían manufacturarse a menor costo en el extranjero, principalmente debido a los salarios inferiores, lo cual sugiere un aumento en la explotación de los obreros en el Tercer Mundo, particularmente de mano de obra femenina de Asia y América Latina[3] . Visto desde el ángulo de la llamada demanda, esta reubicación de producción aumentó el poder de compra del Tercer Mundo. Durante 1970, las importaciones del Tercer Mundo sumaron el 30 por ciento del total de las exportaciones de los Estados Unidos, Japón y los países de la Comunidad Económica Europea (CEE). Alrededor de 1980, la cifra había subido al 40 por ciento. Por ejemplo, el 40 por ciento de las exportaciones de los Estados Unidos y el 45 por ciento de las de Japón fueron hacia

2 Frank, André Gunder: Crisis de la Economía Mundial , Holmes & Meier and London: Heineman, Nueva York, 1980.
3 Frank, André Gunder: Crisis en el Tercer Mundo , Holme & Meier and London, Nueva York, 1981.

el Tercer Mundo. Todo esto indica cuán importantes han devenido los mercados del Tercer Mundo para los países industrializados. Al mismo tiempo, con la baja de la inversión interna, las exportaciones en general se han tornado más importantes. Durante los años 70, por ejemplo, las exportaciones norteamericanas y japonesas subieron a más del doble. **Al facilitar importantes mercados para las exportaciones de los países industrializados, como también plazas baratas donde producir, el Tercer Mundo contribuyó a mantener el empleo y las ganancias en el Primer Mundo .**

Esta reubicación tenía que ser financiada. Esto se hizo primeramente a través de un aumento de los préstamos de bancos occidentales a empresas y gobiernos del Tercer Mundo como también a países socialistas. Desde 1973 a 1980, cuando la producción de los países industriales aumentó en dos y media veces y el comercio en cuatro y media veces, los préstamos bancarios internacionales aumentaron cinco y media veces. La participación del Tercer Mundo en préstamos bancarios impagos aumentó del 20 por ciento en 1973 al 35 por ciento en 1981. La deuda del Tercer Mundo, que sumaba 80 mil millones de dólares en 1971, llegó a los 800 mil millones de dólares en 1983.

LA RECESION DE 1979-82: LA SOLUCION SE CONVIERTE EN PROBLEMA

Esto nos lleva a la recesión del 79 al 82, lo cual es la última de una serie de recesiones. La recesión de 1967 aumentó el desempleo en los países occidentales industrializados a 5 millones. La siguiente, del 69 al 70, aumentó el número de desocupados a 10 millones. En la recesión del 73 al 75, el desempleo aumentó a 15 millones y durante la última recesión éste se alzó por sobre los 30 millones (Cifras oficiales de desempleo; el desempleo real siempre fue mayor y aumentó aún más rápido que el desempleo oficial).

La recesión del 73 al 75 habría sido mucho peor y la recuperación del 75 al 79 habría sido mucho más débil si no hubiera sido por la creación de dinero y el aumento de los préstamos a países del Tercer Mundo, países de la OPEP con superávit y a países socialistas. Estos países aumentaron su demanda de exportaciones industriales occidentales, particularmente bienes de capital, al tiempo en que había inversión y demanda de capital prestado en el Occidente mismo. En consecuencia, los bancos estaban encantados de hacer préstamos a estos países para cubrir sus déficit en la balanza de pagos. Este arreglo pareció funcionar hasta la última recesión. A partir de este punto, lo que habría sido parte de la solución a la recesión anterior, comenzó a convertirse en parte del problema.

INDICADORES DEL BALANCE DE PAGOS
(millones de dólares corrientes)

BALANCE COMERCIAL

	1981	1982	1983	1984p
ARGENTINA	287.2	2.287,6	3.331,0	4.091,0
BOLIVIA	319.0	416,9	463.4	174.7
BRASIL	1.594.0	817.0	6.609.0	13.563.0
COLOMBIA	-3.090.4	-3.096.1	-2.237.1	-1.000,0
CHILE	-2.869.0	9,4	866,7	176.7
ECUADOR	646.0	426.0	961.9	1.110.8
MEXICO	-3.725.4	6.594.6	13.762.8	13.500.0
PARAGUAY	-210.7	-251.9	-226.9	-110,0
PERU	-548.0	-494,0	-867.0	900.0
URUGUAY	-425,7	-35,0	-324.5	166.1
VENEZUELA	6.972.0	3.942.0	5.765.0	8.000,0

Fuente: SECIINTAL, "Indicadores del Sector Externo", No. 13; 12/84. p: preliminar

BALANCE EN CUENTA CORRIENTE

1980	1981	1982	1983p	1984p
-4.767,8	-4.714,0	-2.357,7	-2.437.5	-2.190,0
-118,2	-259,0	-210,0	-271,0	-340.0
-12.807.0	-11.717,1	-16.310,5	-6.867.6	-3.000,0
-447,3	-812,1	-1.227,1	-1.753,3	-2.100.0
-1.971.0	-4.733.0	-2.304.0	-1.073.0	-1.889,0
641,7	-1.001,6	-1.195,0	-128.0	-300,0
7.223,3	-12.544.3	-2.684,5	5.545,7	4.130.0
-460.4	-608.0	-562.0	-252.0	-270,0
63,0	-1.513,0	-1.649,0	-872.0	-900.0
-700.7	-487.9	-478,6	-182,1	-60.0
-4.728.0	4.000,0	-3.491.0	3.709.0	3.670,0

Durante 1980 y 1981, la producción y el comercio en los países industrializados estuvieron flojos y en 1982 declinaron absolutamente. Debido a la caída de la demanda en los países del Primer Mundo, las exportaciones del Tercer Mundo hacia éste disminuyeron. Además, la recesión en Occidente generó presiones por más proteccionismo, reduciendo aún más las importaciones occidentales de productos desde el Tercer Mundo. En consecuencia, los precios de las

exportaciones del Sur, en especial de materias primas, declinaron, como también los términos de intercambio (relación entre el precio de lo que un país vende con el precio de lo que compra) del Tercer Mundo. La pérdida de exportaciones del Tercer Mundo durante 1981-1982 se calcula alrededor de 100 mil millones de dólares, lo cual aumentó gradualmente el déficit de la balanza de pagos de estos países.

Por otra parte, durante este período las tasas de interés subieron considerablemente. En parte debido al enorme déficit presupuestario de los Estados Unidos. Coincidentemente, como los préstamos hechos a mediados de los años 70 comenzaban a vencerse justo en este período, el alza en las tasas de interés presentó graves implicancias para los países deudores. Muchos de sus préstamos no habían sido contratados a tasas de interés fijas si no a tasas flotantes y por lo tanto debieron pagarse a tasas de interés más altas. Incluso los préstamos contraídos originalmente a tasas fijas de interés tuvieron que renegociarse a tasas de interés más altas, por supuesto. Se calcula ahora que **el alza de varios puntos en las tasas de interés que se produjeron a comienzos de 1980 aumentaron la carga del servicio de la deuda del Tercer Mundo en decenas de miles de millones de dólares .**

En suma, la carga del servicio de la deuda del Tercer Mundo creció espectacularmente precisamente cuando sus ingresos por exportaciones caían y justo cuando estos países necesitaban más y más dinero. Como resultado, cualquier préstamo que se consiguió tuvo que utilizarse en forma creciente para pagar préstamos anteriores o para servir la deuda existente y no para financiar la importación de bienes de capital. Ni qué decir de bienes de consumo. Para países como Brasil y México, el costo del pago de sus deudas y el servicio de sus intereses sobrepasó en mucho todos sus ingresos por concepto de exportaciones. En realidad, sólo el monto de los intereses de la deuda subió a más del 50 por ciento de los ingresos de todas sus exportaciones.

Al mismo tiempo, el superávit de la OPEP, que había suministrado fondos para empréstitos, se agotó al bajar los precios del petróleo. Los bancos occidentales, concluyendo que estaban en extremo sobreexpuestos, comenzaron a recortar sus préstamos al Tercer Mundo en el momento cuando éste más los necesitaba para servir su deuda. Durante 1981, los bancos prestaron al Tercer Mundo 50 mil millones de dólares. En 1982, los préstamos bajaron a 20 mil millones de dólares y en 1983 llegaron sólo a 10 mil millones de dólares. Aun este reducido monto de empréstitos no ha sido voluntario. Muchos de los préstamos concedidos por bancos menores fueron hechos bajo la presión de los grandes bancos comerciales,

bancos centrales y por el Fondo Monetario Internacional (FMI), ya que sin nuevos préstamos los países del Tercer Mundo no serían capaces de seguir financiando sus deudas. Estos estarían obligados a incumplir o por lo menos a declarar una moratoria temporal del pago de la deuda, lo cual podría precipitar una crisis bancaria en gran escala. En consecuencia, sólo ha sido para salvarse ellos mismos y no para salvar a los países deudores, a los cuales los bancos han continuado prestando dinero aunque sólo sea en cantidades cada vez menores.

No obstante, al rehusar continuar prestando dinero en la cantidad que necesitaban los países deudores, los mismos bancos han precipitado una crisis de liquidez en el Tercer Mundo. Debido a la reducción de los empréstitos, algunos países del Tercer Mundo y socialistas quedaron sin liquidez - sin dinero constante - y de este modo se tornaron cada vez menos capaces de servir sus deudas. El año 1981 fue Polonia; en abril de 1982 - durante la guerra de las Malvinas - fue Argentina; en agosto de 1982 fue México, y en octubre-noviembre de 1982 fue Brasil. El año 1983, veinte países del Tercer Mundo y socialistas - el primer ministro Muldoon contó por lo menos 40 países - experimentaron graves atrasos en el servicio de su deuda externa. Lo que comenzó como un problema de liquidez, pronto se convirtió en un problema de insolvencia o la incapacidad absoluta de pagar.

Como condición para conceder nuevos préstamos, el FMI requiere que los gobiernos adopten políticas de reajustes. **Las medidas del paquete de reajustes del FMI exigen que los gobiernos devalúen sus monedas, de este modo abaratan sus exportaciones y encarecen sus importaciones; reduzcan el gasto público, particularmente en los servicios sociales y en los subsidios a los artículos de consumo popular; rebajen los salarios y contraigan la actividad económica** . Como anotó Kissinger, esta medicina significa más desempleo, menor consumo, menos importaciones y, por supuesto, menos exportaciones de los países industrializados.

Debido a que los países deudores están obligados a adoptar las mismas políticas al mismo tiempo, la baja de un país refuerza aquélla del otro, iniciando así una espiral descendente. Por ejemplo, el otrora creciente comercio de exportación de Brasil a México, Nigeria y otros países del Tercer Mundo ha disminuido drásticamente debido a que estos países ya no pueden importar. En consecuencia, los ingresos por exportaciones de Brasil han caído y con esto su capacidad para servir su deuda y continuar produciendo para exportar.

Por otra parte, con el propósito de servir sus deudas, estos países ahora deben generar un superávit en sus balanzas de pago; en otras palabras, deben exportar

más de lo que importan. De otra manera, no podrán obtener nuevos préstamos, ni siquiera créditos supletorios para importar nada. De manera que estos países no sólo deben generar un superávit de exportaciones rebajando las importaciones, deben también reducir el consumo interno de modo que más bienes y productos puedan ser exportados para obtener divisas. Esto contrae aún más los salarios, la demanda, el consumo y la producción nacionales. ¡La actividad económica misma que deben desarrollar los países del Tercer Mundo para poder exportar hacia el Primer Mundo y servir sus deudas!

Entre 1981 y 1983, el ingreso per cápita en América Latina descendió en un 10 por ciento. Durante el mismo período, la producción per cápita cayó en un 20 por ciento en El Salvador, Costa Rica y Bolivia; en un 15 por ciento en Uruguay, Chile y Perú; en un 13 por ciento en Argentina y Guatemala; en 12 por ciento en Brasil; en 10 por ciento en Venezuela y Honduras, y en un 5 por ciento en México. Sólo en 1983, la producción nacional descendió en 14 de 19 países latinoamericanos. En Brasil, compañías de mil millones de dólares quebraron al igual que miles de compañías más pequeñas. En México, el gobierno se ha deshecho del 80 por ciento de las empresas estatales y la inflación ha hecho retroceder la tasa real de salarios a nivel de 1942 y amenaza con empujarlos aún más atrás, al nivel que se conoció antes de la revolución de 1910-17. A través de todo el Tercer Mundo el desempleo ha crecido en forma dramática, mucho más que en los países industrializados. En México, sólo en la industria de la construcción, un millón de trabajadores fueron despedidos, y en Chile, el desempleo se ha casi triplicado, desde el 12 por ciento en 1980 al 35 por ciento actual.

Cantidades aún mayores de personas han sido empujadas a la marginalidad, han sido excluidas de las actividades económicas y sociales "normales".

PROPOSICIONES PARA EL FINANCIAMIENTO DE LA DEUDA Y EL DILEMA DE LAS POLITICAS

La recuperación que comenzó en 1983 engendró la esperanza en algunos círculos que la crisis de la deuda internacional sería resuelta. Pero esta recuperación - que yo considero no como una recuperación de la crisis sino una recuperación de la última recesión está así mismo gravemente amenazada por la incapacidad del Tercer Mundo de desempeñar el papel que le cupo durante los años 70.

Pareciera claro que la actual comunicación económica no puede resolver ambos problemas del Tercer Mundo al mismo tiempo: su crecimiento económico y su deuda externa. Ni siquiera podría resolver cada uno por separado. Por un lado, si

el Tercer Mundo sirve su deuda tendrá menos recursos disponibles para patrocinar su crecimiento económico. Su principal esfuerzo será simplemente para sobrevivir. Por otro lado, si canaliza sus recursos hacia el consumo y el crecimiento internos, no le quedará nada para servir su deuda. Ambas alternativas serían costosas para el Norte. Si los países del Tercer Mundo utilizan todas sus divisas para el servicio de sus deudas, no podrían importar desde el Norte y las exportaciones de este último descenderían aún más. Por su parte, la capacidad productiva y los ingresos del Sur sufrirían al reducir su capacidad para importar y exportar y de este modo, reforzarían la espiral descendente. Lo contrario, si el Sur no sirve su deuda, los bancos del Norte perderían las ganancias que actualmente producen los intereses de la deuda. También corren el riesgo de un incumplimiento y de una posible quiebra financiera o por lo menos la pérdida o devaluación del valor declarado de los montos prestados. Incluso, se harán cada vez más incapaces de financiar las importaciones del Sur y las exportaciones del Norte, en una palabra, la producción del Norte. De cualquier modo, el Norte es el que pierde. La lucha política se dará sobre cómo distribuir los costos de esta situación sin ganadores.

Los países del Tercer Mundo consideran que cualquier contracción adicional de sus economías sencillamente para pagar sus deudas sería social y políticamente inaceptable. En algunas reuniones del Tercer Mundo, por ejemplo, en 1983 la reunión de Países No Alineados en Nueva Delhi y la reunión de enero de 1984 de presidentes latinoamericanos y sus representantes celebrada en Quito, plantearon una reforma monetaria y financiera, y en el caso de los países latinoamericanos un regreso a la sustitución de importaciones y a la cooperación regional. **Pero, el problema es cómo convertir estas declaraciones en acción** . ¿Tienen los países del Tercer Mundo el poder para imponer sus demandas? Tienen algún poder. El viejo adagio dice que si usted debe mil, entonces tiene un problema; pero si usted debe un millón, es su acreedor quien tiene el problema. Ya que ellos deben 350 mil millones, los bancos tienen un gran problema. Ha habido rumores de que un acuerdo entre deudores anunciaría el no pago o por lo menos una moratoria en los pagos y servicio de las deudas. Pero cada vez que esta idea ha sido propuesta en reuniones de países del Tercer Mundo o de América Latina, no ha tenido aceptación. Los grandes deudores, como Brasil y México, se han rehusado a apoyar la propuesta por temor a perjudicar sus propias tasas de créditos. De este modo, **está lejos de quedar claro hasta dónde es real el poder de los deudores .**

En cuanto a la política económica, pareciera que estos países latinoamericanos han perdido por completo su soberanía nacional, como lo plantearon el economista brasileño Celso Furtado y el economista argentino Aldo Ferrer, ambos ex ministros de Economía. Por ejemplo, el gobierno argentino del presidente Raúl Alfonsín

virtualmente no ejerce ningún poder sobre su política económica nacional, debido a que está demasiado sujeto a las demandas de los bancos internacionales y a las limitaciones impuestas por la economía mundial. Cuando el nuevo gobierno amenazó con atrasarse aún más en el servicio de su deuda, se encontró una "solución" a través de la cual los Estados Unidos, México y Brasil garantizaron el pago de los intereses vencidos de Argentina. Pero a cambio de esta ayuda y como condición para nuevos préstamos, Argentina enfrenta la presión del FMI para aplicar nuevas y más severas medidas de austeridad.

Todo esto plantea un número de dilemas y contradicciones para los diseñadores de políticas en el Norte como también en el Sur. Por ejemplo, para evitar una quiebra financiera producto del no pago del Tercer Mundo, los bancos centrales de los más grandes países industriales - en particular la Junta de la Reserva Federal de los Estados Unidos - podrían considerar necesario avalar los bancos demasiado comprometidos. Esto haría necesario que los bancos centrales se convirtieran en prestamistas a través de una fórmula prearreglada y como último recurso. Pero esto plantea el "riesgo moral" - a mí no me queda claro lo de "moral" en todo esto - que si los bancos centrales anuncian que mantendrán a flote a los bancos comerciales, entonces los bancos y sus deudores del Tercer Mundo tendrían razón para ser en el futuro aún más irresponsables que en el pasado. De acuerdo con este razonamiento, los bancos se verían incentivados para hacer préstamos inorgánicos si saben que los bancos centrales los salvarían del incumplimiento y los deudores tendrían incentivos adicionales para incumplir si supieran que los bancos centrales de todos modos asumirían las pérdidas. De este modo, esta nueva "solución" como último recurso, se convertiría en otra parte del problema.

DEUDA EXTERNA

Deuda Externa en Millones de Dólares Corrientes (1)

	1980		1981	
	1	2	1	2
ARGENTINA	27.162.0	3.4	35.671.0	3.9
BOLIVIA	2.392.0	2.3	2.910.1	2.9
BRASIL	64.631.0	3.2	74.051.0	3.1
COLOMBIA	6.282.0	1.6	7.930.0	2.6
CHILE	10.987.0	2.4	15.542.0	4.0
ECUADOR	4.667.1	1.9	5.871.2	2.3
MEXICO	50.713.0	3.3	74.861.0	3.9
PARAGUAY	860.9	2.8	948.6	3.2
PERU	9.549.0	2.5	9.673.0	3.0
URUGUAY	2.155.8	2.0	3.129.3	2.6
VENEZUELA	27.500.0	1.4	29.300.0	1.5
GRUPO ANDINO	50.390.1	1.6	55.684.3	1.9
TOTAL ALADI	206.899.8	2.6	259.887.2	3.0

Fuente: SEC/INTAL, "Indicadores del Sector Externo", No. 13; 12/84.

1.203.5	3.6	1.469.3	5.8	1.700.0	5.7
11.611.0	3.5	12.443.0	4.1	14.000.0	4.2
4.255.3	4.2	4.589.4	4.5	4.700.0	4.7
31.800.0	1.9	34.900.0	2.4	35.000.0	2.4
62.242.1	2.4	67.524.1	2.9	71.500.0	3.0
291.668.9	3.0	313.486.8	3.9	332.774.0	3.7

p: preliminar, proyecciones oficiales y Morgan Guaranteed Trust.

Una variante de esta solución sería convertir las deudas del Tercer Mundo en bonos que se emitirían o garantizarían a través de un organismo público o por una agrupación de organismos públicos – los bancos centrales, el FMI, el Banco Mundial – o por un organismo financiero internacional especialmente creado. Pero debido a que estos bonos serían emitidos y vendidos por debajo del actual valor declarado de las deudas, los bancos se verían forzados a asumir la pérdida por deudas impagas que, mediante este arreglo, serían canceladas en sus libros. Todas estas fórmulas entrañan en alguna forma la combinación de pérdidas bancarias o la creación de dinero inflacionario por parte de los bancos centrales. Esto también

reduciría o eliminaría el incentivo bancario para seguir concediendo nuevos préstamos a aquellos deudores que más necesitande fondos adicionales para financiar sus viejas deudas, haciendo entonces así más probable la intervención del banco central.

Recientes proposiciones de limitar las tasas de interés para receptores de préstamos del Tercer Mundo, plantean dilemas parecidos. La idea de poner un techo a la tasa de interés a ser pagada por los deudores del Tercer Mundo fue hace poco propuesta por el presidente de la Junta de Reserva Federal de Nueva York, Anthony Salomon, y fue apoyada por el presidente de la Junta de Reserva Federal de los Estados Unidos, Paul Volcker. Proposiciones similares han sido vigorosamente presentadas por países deudores del Tercer Mundo. Después de la aguda alza en las tasas de interés de mayo de 1984, la cual borró los mejoramientos duramente ganados en las balanzas de pago de Argentina y México, los presidentes de Argentina, Brasil, Colombia y México exigieron que se tomaran medidas para detener el alza de las tasas de interés.

Pero todavía quedan cuestiones difíciles. ¿Quién pone un límite y a qué tasas de interés? ¿Quién lo aplica? ¿Cómo se distinguiría a las diferentes clases de receptores de préstamos del Tercer Mundo y a otros? Una variante de la propuesta reside en no poner un techo fijo a las tasas de interés, sino poner uno que varíe según los ingresos por exportaciones del país. Otra variante sería limitar o eliminar temporalmente sólo aquella porción de la tasa de interés que pagan los deudores del Tercer Mundo - la extensión - dejando libre para subir la tasa de interés del mercado. La diferencia entre la tasa de interés del mercado y aquélla pagada por deudores del Tercer Mundo, sería agregada al capital prestado - de este modo postergando y agravando el problema - o ésta sería pagada como un subsidio de interés por algún organismo internacional, banco central, gobierno o por una combinación parecida. Una vez más, esta variante transferiría el peso de la pérdida - en este caso la pérdida en el pago de intereses - del banco prestamista a otros grupos, pero, ¿quién estaría dispuesto a asumir la carga y con qué consecuencias?

El problema más grave es que todas las posiciones amenazan con agotar aún más el flujo de nuevos empréstitos al Tercer Mundo, lo cual se necesita para mantener todo el sistema funcionando. De este modo la cura podría ser peor que la enfermedad misma y si ésta se implementa podría convertirse en una parte adicional del problema. Como lo comentó la revista Business Week , esta "última locura... es lo suficientemente sutil para ser peligrosa. Podría... permitirle a los bancos mantener el pretexto de que todo está bien en su espectáculo de magia...

jugando con los espejos"[4].

Otra proposición es la de suspender gradualmente el financiamiento de la deuda y regresar a las inversiones directas a través de las corporaciones multinacionales, quizás en forma de sociedades con los gobiernos del Tercer Mundo o con sus empresas estatales. Pero, en el futuro previsible, el prospecto de un aumento en las inversiones directas parece poco realista, dado que las ganancias de las multinacionales en la mayor parte del Tercer Mundo han sufrido enormemente debido a las actuales contracciones económicas y a que estos países no tienen divisas disponibles que destinar para las empresas extranjeras que quisieran repatriar sus ganancias, esto, si las obtienen. Por ejemplo, la Volkswagen del Brasil ha sido duramente golpeada por la depresión de este país al igual que las empresas brasileñas. Además, las perspectivas comerciales son mejores en Asia Oriental y las nuevas inversiones extranjeras se han estado moviendo en esa dirección, lo cual contribuye poco a poco a resolver el problema de la deuda de América Latina. **Aunque la inversión extranjera en América Latina aumentase, apenas podría contribuir a la solución de la actual crisis financiera y mucho menos a evitar una quiebra financiera.**

Por todas estas razones, la suspensión gradual del financiamiento de la deuda favoreciendo el aumento de la inversión extranjera directa no es realista. También se ha propuesto que los bancos intercambien las actuales deudas del Tercer Mundo por capital accionario en los activos reales de los deudores, en sus recursos naturales, en sus grandes entes estatales, tales como las empresas petroleras nacionalizadas de Brasil y México, Petrobras y Pemex, respectivamente. Pero esta proposición está cargada de incertidumbre y tiene visos imperialistas inaceptables. No se dice, por ejemplo, cuáles serían las consecuencias financieras respecto del valor de las propias acciones de los bancos y cuáles serían las consecuencias políticas de entregarle a bancos extranjeros el control de la propiedad de empresas y recursos del Tercer Mundo en países tan nacionalistas como Brasil y México.

Aun evitando una quiebra financiera, el problema de la crítica situación financiera continúa. El sistema financiero no puede seguir funcionando como antes. Se hace menester elegir entre el servicio de la deuda del Tercer Mundo o promover el comercio mundial, ambos aspectos necesarios para el Norte y el Sur. Existe entonces un conflicto entre los bancos occidentales que desean que se pague la deuda y la industria occidental que necesita los mercados extranjeros. Es difícil saber cómo se va a resolver el conflicto de intereses existente entre las instituciones financieras, industriales y de gobierno de los Estados Unidos, Japón y Europa.

4 Business Week , 4 de junio de 1984, p. 17.

Durante los años 70, los bancos en general se impusieron, como lo evidencia el éxito del monetarismo y del thatcherismo en los Estados Unidos y Gran Bretaña con la "desindustrialización" y por el giro desde las inversiones extranjeras directas en el Tercer Mundo hacia el financiamiento internacional de préstamos.

Pero semejante resolución en favor de los bancos tiene graves consecuencias para los países del Tercer Mundo y eventualmente para los bancos mismos. Si los países del Tercer Mundo continúan siendo estrujados tan duramente - como si se tratara de sacar jugo de una piedra - es probable que sus economías se contraigan a tal punto que se tornen incapaces de servir sus deudas. O, eventualmente podrían rehusarse a pagar ya que podrían caer en la cuenta de que ya no les es conveniente hacerlo. Ya muchos países del Tercer Mundo pagan más por concepto de intereses de viejas deudas que lo que reciben por concepto de nuevos préstamos. Por ejemplo, en 1983 las naciones no-petroleras del Tercer Mundo recibieron nuevos préstamos por un total de 57 mil millones de dólares, pero pagaron 59 mil millones de dólares en intereses.

Esto plantea el problema de la estabilidad política que señalaba Kissinger. ¿Hasta dónde se puede presionar a estos países sin que ocurra una explosión política? El problema para los Estados Unidos es más agudo en el caso de México, el cual muchos funcionarios de la inteligencia norteamericana denominan como el riesgo número uno para los Estados Unidos. Por supuesto que geoestrategas como Kissinger están sumamente preocupados - como él mismo lo aclara - debido a la dramática posibilidad de un giro a la izquierda en uno de estos países, particularmente México. Aún con una renovada ola de gobiernos de derecha, pero nacionalistas, el Tercer Mundo plantearía graves problemas para los Estados Unidos y otros países occidentales. De este modo, los diseñadores de políticas del Primer Mundo se enfrentan a una gravedad creciente en torno al dilema de las políticas.

Tampoco existe una solución fácil para los diseñadores de políticas del Tercer Mundo. Estos tratan de conducir un difícil - en verdad imposible - derrotero entre la creciente miseria económica y el conflicto social que probablemente emanen de la plena participación en este sistema o bien, debiendo tratar de sustraerse sólo para convencerse de que probablemente no hay hacia dónde ir. El no jugar de acuerdo con las reglas del juego podría traer costosas represalias económicas; cualquier desconocimiento de la deuda probablemente produciría la suspensión de nuevos créditos e importaciones, cosa que muy pocos países pueden permitirse. Ya tenemos entonces un cuadro claro de lo que viene. Sólo los cuatro primeros meses de 1984 presenciaron las "asonadas FMI" - reacciones contra las políticas de

austeridad impuestas por el FMI -, como los aumentos de precios anunciados por los gobiernos de Túnez, Marruecos, Bolivia y la República Dominicana, donde 53 personas perdieron la vida. Esto no incluye las constantes manifestaciones contra Marcos en las Filipinas y Pinochet en Chile, cuyos regímenes represivos se hallan comprometidos en la crisis económico-financiera de sus países.

¿ES POSIBLE DESACTIVAR LA BOMBA DE LA DEUDA?

Probablemente la única gracia que les queda a los diseñadores de políticas sea la poca importancia - si la tiene - de la política que decidan ahora seguir. Ya que con toda seguridad, hagan lo que hagan, la nueva recesión que vendrá tarde o temprano influirá sobre los acontecimientos de una manera mucho más fuerte que sus políticas. Ha habido más de 40 recesiones desde los comienzos del capitalismo industrial alrededor de 1800 y cuatro recesiones desde el comienzo de la actual crisis económica mundial a mediados de los años 60. Las políticas económicas no modificaron de manera significativa - ni que decir impidieron - ninguna de estas recesiones, pero sí éstas afectaron considerablemente - si no determinaron - las políticas económicas.

Ningún observador o analista económico responsable e informado, académico, de gobierno o negocios duda ahora de que vendrá otra recesión. La cuestión es cuándo y con qué fuerzas y consecuencias. Esta próxima recesión es más ominosa que las anteriores precisamente porque amenaza con detonar la bomba del Tercer Mundo, lo cual a su vez agravaría enormemente la recesión y posiblemente nos hunda en una larga depresión. También es posible que exploten las bombas del crédito a los consumidores, a las corporaciones y a los gobiernos, las cuales están recibiendo mucho menos atención de lo que ameritan los peligros que conllevan. Semejante curso de los acontecimientos se hace aún más probable al juntarse los vencimientos de las deudas a mediados de los años 80.

De este modo, la deuda del Tercer Mundo, examinada con realismo, es en verdad una bomba de tiempo. Su mecha tiene la longitud de la actual recuperación económica, la cual terminará en 1985 o alrededor de 1986. Con el advenimiento de la próxima recesión, la actual crisis de liquidez en el Tercer Mundo rápidamente se convertirá en una crisis de insolvencia. Una nueva recesión crearía tensiones insoportables en las balanzas de pago de los países del Tercer Mundo, haciendo que un país tras otro se haga del todo insolvente. Sencillamente los países deudores no serán capaces de servir sus deudas, al margen de cualquier política que se aplique en el Norte o en el Tercer Mundo mismo. Si esto sucede, las preguntas serían lisa y llanamente: ¿cómo tratar la insolvencia?, ¿a quién

corresponde asumir el costo o cómo deberá compartirse?, ¿qué hacer en el futuro?

La cuestión de si la crisis de la deuda del Tercer Mundo es un problema de liquidez o insolvencia ha sido explícitamente tratada por William R. Cline en lo que es hasta ahora el análisis más cuidadoso y autorizado de la crisis de la deuda[5]. Cline realiza 40 combinaciones diferentes simuladas de proyecciones económicas para el período 1983-1986. Bajo las circunstancias más favorables - concluye Cline - la crisis es de liquidez, la cual puede ser manejada y sólo será temporal. La conclusión de Cline supone tasas de crecimiento para los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) del tres por ciento anual de 1984 a 1986, como también otras condiciones favorables tales como la estabilidad en los precios del petróleo. A conclusiones similares llegó un estudio del Banco Morgan Guaranty y en otro del FMI se arribó a conclusiones un tanto menos favorables, señala Cline. Con tasas de crecimiento de sólo "2.5 por ciento o menos, la situación permanece ligeramente mejorada o deteriorando"[6]. Pero "en el caso de un crecimiento de sólo 1.5 por ciento en el período (Caso A), el déficit en la cuenta corriente de 19 países se eleva a 107 mil millones de dólares en 1986... Tan enorme déficit potencial sería muy improbable de poder ser financiado y el diagnóstico tendría que ser más bien de insolvencia que de falta de liquidez"[7]. El peor caso que considera Cline - pero de ningún modo el peor que podría ocurrir - supone tasas de crecimiento del 1.4 por ciento, tasas de interés LIBOR de 13.5 por ciento, caída de los precios del petróleo a 20 dólares por barril y una depreciación del dólar del 5 por ciento. Acerca de este peor caso dice Cline: "Claramente, la deuda no puede ser mandada y los procedimientos para declarar las bancarrotas y enfrentar la insolvencia están a la orden del día. Claramente, el problema de la deuda internacional contiene grandes riesgos hacia abajo, aunque aquí el análisis central sugiere que en el caso base esperado es manejable"[8].

Pero el caso base esperado de Cline no contempla otra recesión hasta 1986 y para el período posterior el no hace proyecciones. Cualquier caso base de economía mundial en otra etapa de su desarrollo debe incluir y debe proyectar la siguiente recesión, la cual probablemente venga mucho antes de 1986 y muy posiblemente imponga tasas de crecimiento menores de 1.4 por ciento si no tasas negativas de "crecimiento" como en las dos más recientes recesiones. Cline mismo recomienda planes de contingencia en caso de que sus optimistas proyecciones no se

5 Cline, William R.: International Debt and the Stability of the World Economy (La Deuda Internacional y la Estabilidad de la Economía Mundial) Cambridge, MA: MIT Press para el Instituto de Economía Internacional, 1983.
6 Ibid., p. 52.
7 Ibid., p. 58.
8 Ibid., p. 67.

materialicen[9]. Mientras tanto, la existencia misma de la bomba de la deuda acelera el proceso que conduce a la siguiente recesión al disminuir las tasas de crecimiento y manteniendo altas las tasas de interés. Es como la profecía que se autopredice. Si estos peligros son tan inminentes como graves, ¿por qué entonces alguien no hace algo al respecto? La pregunta sugiere otras tales como ¿quién debería hacer algo?, ¿qué hacer? La actual parálisis en torno a la crisis de la deuda es notable y aterradoramente parecida a la falta de acción para detener la carrera de las armas nucleares. Los Estados Unidos están atrapados en un juego de póker nuclear con la Unión Soviética y sus aliados. Como los Estados Unidos creen estar en una posición de fuerza, piensan que pueden fanfarronear subiendo más y más las apuestas con la esperanza de obligar a los otros jugadores a abandonar. Desde la perspectiva cortoplacista de cada uno de los jugadores, pareciera razonable jugar de acuerdo a estas reglas.

Igualmente, en el juego del póker financiero, desde la perspectiva cortoplacista de cada uno de los jugadores, pareciera razonable seguir regateando mientras el dinero siga entrando. En tanto los bancos y la industria norteamericanos sigan ganando con la actual situación, resulta razonable para ellos seguir jugando al "chantaje financiero" contra el Tercer Mundo y aun contra sus socios y competidores japoneses y europeos. Mientras Estados Unidos mantengan su posición de relativa dominación financiera, basada en parte en el centralismo del dólar respecto de la economía mundial, es posible y por ende razonable para Washington funcionar con el dinero de otros países **– una gran parte del programa militar de los Estados Unidos está siendo subsidiado no por los contribuyentes norteamericanos sino por otros en el mundo que están financiando el resultante déficit norteamericano** -. Mientras no haya una alternativa realista para el dólar, es también razonable para otros seguir con este juego y jugar con las mismas reglas.

Pero, como en el juego nuclear, lo que es razonable para cada uno de los jugadores individualmente y en el corto plazo, resulta irracional en el largo plazo para todos los jugadores como conjunto. La consecuente carrera armamentista y el continuo crecimiento de la deuda sólo agravan la situación. Con cada vuelta, una explosión accidental se hace cada vez más probable. Aún así, nadie está preparado para ceder hasta el último momento y el último podría ser muy tarde. En el caso de las armas nucleares, el último momento podría, en verdad, ser el último. Aunque la bomba de la deuda es potencialmente menos devastadora, podría no obstante producir una quiebra que podría inutilizar el actual sistema de comercio y de

9 En opinión de Cline, una nueva baja en el precio del petróleo sería el factor más probable que ocasione una posible defraudación ya que dañaría a cada uno de los países que producen petróleo más de lo que ayudaría a los países que importan petróleo.

pagos. Semejante quiebre, podría generar presiones adicionales para una guerra comercial y financiera entre bloques - la zona del dólar, la del marco, la del yen y probablemente la zona del rublo -. El creciente conflicto político-económico podría degenerar en un conflicto militar. De este modo, los juegos de póker, nuclear y financiero, están relacionados no sólo por sus reglas sino también por la posible convergencia de sus epílogos en guerra económica y militar.

Aunque es del interés de casi todos el evitar esa débacle, parece que apenas está en los intereses cortoplacistas de todos el hacer algo por evitarla. Cualquier desactivación de la bomba de la deuda es más probable que ocurra por la fuerza de los hechos que por decisión política - ni qué decir por una política internacional concertada -. Por ejemplo, una baja considerable en las tasas de interés y en el valor del dólar podrían sustancialmente reducir el peligro planteado por la bomba de la deuda, aligerando la carga del servicio de ésta por parte de los países deudores. Pero en el actual sistema, las tasas de interés son determinadas por el funcionamiento de las fuerzas del mercado, las cuales están virtualmente más allá del control de cualquiera. Dada la actual ortodoxia, es improbable que las tasas de interés sean reducidas y reguladas por una política económica, ni por un acuerdo internacional. De este modo, si es que va a haber una salida a este dilema de las políticas, es muy probable que ésta se produzca por su propio peso antes que debido al desarrollo de una política.

La situación en el Tercer Mundo es parecida. Los grupos de interés allí también viven en el presente. Mientras el sistema siga funcionando - mientras las finanzas y el comercio sigan fluyendo, aunque sea con dificultades - el costo de seguir otro derrotero sería muy alto, especialmente para un pequeño país haciéndolo solo. Porque el no pago por parte de un pequeño país deudor puede cubrirse fácilmente y a ese país se le puede sencillamente negar el acceso a todo financiamiento internacional y tendría que pagar al contado todas sus futuras importaciones. Si Brasil y México incumplieran o siquiera declararan una moratoria unilateral de pagos de la deuda, sus posiciones serían más fuertes precisamente porque sus deudas son tan grandes y cualquier suspensión de pagos sería muy amenazante para los bancos. La deuda de Argentina es menor y por eso no tiene esa ventaja. Pero Buenos Aires depende menos de las importaciones y su balanza de pagos es más fuerte, en consecuencia podría resistir cualquier represalia con más facilidad. Pero hasta ahora, ninguno de estos países ha osado no pagar.

La otra alternativa sería un acuerdo entre deudores, pero, como ya vimos, **las propuestas para formar un grupo semejante hasta ahora han sido rechazadas por los grandes deudores quienes parecieran tener muy poco interés en hacer causa**

común con sus vecinos más pequeños y débiles . En la reunión de ministros de Hacienda celebrada en Caracas en 1983, **los latinoamericanos cedieron por completo a las presiones de los Estados Unidos .** En la reunión de presidentes latinoamericanos celebrada en Quito en enero de 1984, apenas acordaron una suave declaración solicitando mejores condiciones a los gobiernos y bancos occidentales y para intercambiar información entre ellos mismos sobre las renegociaciones de sus deudas. Tampoco se logró un mayor avance hacia una posición concertada en una reunión de 11 países deudores latinoamericanos efectuada en junio de 1984 en Cartagena. De este modo, pareciera haber pocas perspectivas de que algo se resuelva en el Tercer Mundo en la esfera de la política económica.

Aún así, los temores de Kissinger siguen siendo reales. Medidas más radicales podrían aún tomarse, aunque no como resultado de una política sino como una necesidad una vez que se haga patente que no existe otra alternativa. La izquierda siempre se ha opuesto al FMI y a la condicionalidad de su chantaje. Pero ahora, más y más fuerzas políticas de derecha se están uniendo al clamor popular contra la hipoteca del futuro de sus naciones - en realidad su presente - al servicio de la deuda externa de sus países.

No obstante, no quiero decir que el no pago mismo sea improbable. Cuando debido a la próxima recesión o aún antes, se haga imposible para los países del Tercer Mundo continuar con el servicio de sus deudas - cuando sencillamente el dinero no esté allí y no haya manera de conseguirlo debido a que los países acreedores y los bancos hayan sido incapaces de lograr el acuerdo político necesario para montar otra operación de rescate a tiempo - entonces sencillamente tendrá que haber una moratoria o incumplimiento. No será una cuestión de política sino una cuestión de hechos. Algunas moratorias menores de facto ya han ocurrido cuando los países se han atrasado en sus pagos por falta de dinero. Sencillamente estas moratorias ocurrirán en más grande escala en el futuro, debido a la creciente imposibilidad de pagar. Si semejante falta de pago ocurre y cuándo, y se convierte en el primer domino que conduzca a una cadena incontrolable de quiebras bancarias y quiebra financiera, nadie lo puede decir. En este punto, la suspensión de pagos será una cuestión de política en la medida que todos corran para salvar sus pellejos. El nacionalismo político y económico se tornará virulento.

En el Sur tanto como en el Norte - y en ambos conjuntamente - pareciera difícil si no imposible encontrar una manera de traducir el interés común de largo plazo de cada uno en evitar esa débacle en acciones a corto plazo. Pareciera no haber modo de resolver pacíficamente los conflictos de intereses a través de una política de

acuerdos. Aquéllos que en el Tercer Mundo y en otras partes que sí tienen un interés político inmediato en conducir el mundo por otro sendero de desarrollo y paz, parecen tener muy poco o ningún poder para hacerlo con las actuales reglas del juego. Y, además, parecieran tener aún menos poder para cambiar aquellas reglas. Mientras tanto, el mundo se balancea al borde del colapso financiero.